C. JOSÉ DE ARPE

043

JULEPE

MONÓLOGO

EN VERSO, ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

10

A mi excelente amigo
Carlos Bernardez,
recuerdo de su afm
Arpe

JULEPE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JULEPE

MONÓLOGO EN VERSO

ORIGINAL DE

C. JOSÉ DE ARPE

Escrito para el eminente primer actor cómico **D. José Mesejo,** y estrenado con verdadero aplauso en el TEATRO DE APOLO durante la noche del 13 de Abril de 1904.

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1904

A D. José Mesejo

Con actores grandes triunfan hasta los autores chicos. Buena prueba de ello es el estreno de esta hilacha literaria.

¡Qué menos debo hacer que escribir su ilustre nombre al frente de este trabajo, en señal de admiración y como testimonio de gratitud!

C. J. de Arpe.

JULEPE

Decoración de paseo público. Un banco rústico á la izquierda. Al levantarse el telón, atraviesa el escenario un grupo de chiquillos, corriendo y gritando, y detrás el personaje, anciano de cabellos blancos, humildemente vestido, que lleva en brazos un perrito, para resguardarle de los muchachos, que tratan de mortificar al animal.

ESCENA UNICA

¡Pillos, canallas, granujas,
os voy á romper un hueso!
(Retrocede hasta el banco, al alejarse los chicos.)
Como saben los tunantes
que amago, pero no pego,
me insultan y me apedrean,
y me pellizcan el perro,
y se mofan, y se ríen,
y me enrabian... ¡Cosas de ellos!
Son chicos, y los chiquillos
al fin y al cabo son buenos,
pues quitando algún diablete
de esos que salen traviesos,
y algunos que á peñascazos
intentan dejarme tuerto,
y algunos que idean cosas
contra mi carne y mis huesos,
bien poniéndome una cuerda

607408

pa que me rompa el cerebro,
bien dándome alfilerazos
en cierto sitio... postrero,
los demás son... ¡pobrecillos!
unos ángeles del cielo.
Mucho peor son los hombres,
y de instintos más perversos..
Los hombres me llaman loco,
borrachín y pendenciero,
y mil cosas más horribles,
que ahora recordar no debo,
pues hay señoras que escuchan
y los vocablos son feos.
Loco, porque estoy chiflao
con mi *Julepe*, este perro
que es hoy el único amigo
que yo en este mundo tengo
y es pa mí... ¿cómo diría?,
¡mejor que jamón con huevos!
Si les da rabia, que rabien;
me da la gana quererlo.
Toma, rico. (Lo besa.) Su boquita
paece tocino del cielo...
Lo de borracho es calurnia,
y como tal la protesto,
con la limpidez nativa
de una conciencia... *in excelso*.
Yo llamaría borracho
á aquel que está siempre dentro
de la taberna; no á mí,
que sólo una copa bebo;
una no más, ¡os lo juro!,
en ca tienda que me encuentro. (Pausa.)
Yo lo oigo to con paciencia,
porque lo que oye el derecho,
(Señalando el oído.)
después de herirme en el pinfano,
se sale por el izquierdo.
¿No es verdad que sí, *Julepe*?
¿No es verdad que sí, lucero?
Ven acá tú, gloria mía;
saluda á estos caballeros,
y diles que yo no soy
borracho ni pendenciero...

y pídeles pa una copa,
porque yo no tengo suelto.
(Sienta al perro ante el público.)
No te avergüences, mi vida,
que estos señores son buenos,
y aunque están tóos escamaos,
y tóos mirándonos serios,
como diciendo «¿por dónde
saldrán el tío y el perro?»,
no han de tirarte del rabo
ni han de apretarte el pescuezo,
como te hacen los chiquillos
cuando vamos de paseo.
Aquí ocurren esas cosas
porque estamos en un pueblo
lleno de atraso y de vicios,
de miserias y defectos...
¿En qué país ilustrao
le tiran del rabo á un perro?
¿Qué nación regenerada
aprieta á un can el pescuezo?
¡Duropeizarnos! ¡Mentira!
Aquí no existen Gobiernos
mas que pa quitar las coplas
de los tangos del *Cangrejo*.
Los canes hoy simbolizan
la fidelidad del pueblo,
y son como las personas,
dicho sea con perdón de ellos,
porque hay algunas peores,
más peores, que los perros.
Una suegra que se enfada
tóos los días con su yerno,
y después de las trifulcas
le muerde hasta los cabellos,
y le araña y le destroza
desde los pies al sombrero...
¡es una perra de presa
digna e que le den veneno!
Y esos señoritos lánguidos,
que andan siempre de paseo
con un corbatín mu grande
y una torre infiel por cuello,
husmeando dónde guisan,

y dónde comen oliendo,
y van de gorra á toas partes
aunque es de copa el sombrero...
¡esos, no hay duda, son galgos,
que roden hasta los huesos!
La que va á la Castellana
mirando á diestro y siniestro,
metiéndose por los ojos
del tenorio callejero,
y cuando está en el teatro
no retira los gemelos
de fraques ni pantalones,
como aquella que allí veo... (Señalando alto.)
¡es una perrita inglesa
de pura sangre... y callemos!
El político á la moda,
que no hace na de provecho,
de provecho pa nosotros,
y sus discursos son hueros
ó dice que sí ó que no
por la tarde en el Congreso,
y se traga hasta la Biblia
en forma de caramelos...
¡es un perro e Terranova
con más lanas que un carnero!
Por eso, en la comparanza
de las gentes y los perros,
me dicen que yo estoy loco
porque á los canes prefiero,
y habrá muchos que se rían
cuando sepan que yo aprecio
á este animal como á un hijo
y que me lo como á besos.
(Transición.)
Cuando murió mi hija Rosa,
á quien Dios tenga en el cielo,
dejó un niño de tres meses...
¡parece que lo estoy viendo!
Un chiquillo más hermoso
que el que alumbra el universo,
un cacho de gloria pura,
con unos ojos mu negros,
y una rosa por carita,
y un rayo de sol por pelo.

¡Desde entonces estoy loco!
¡*Vox pópuli*, voz del pueblo!
Entonces yo no bebía;
no iba con los compañeros
á la pícara taberna,
perdición del jornalero.
Todo cuanto yo ganaba
era poco pa mi nieto,
pa sus trapos, pa su teta,
pa su boca, pa su cuerpo...
Lo fuí criando, criando,
como se cría un jilguero,
con más mimo que á una mata
de nardos ó pensamientos.
Yo le compraba caballos;
yo le compraba corderos,
soldados, tambores, sables,
cornetas, coches, muñecos
y tóo lo que él me pedía,
que el mundo me era pequeño
pa llevárselo á sus manos,
si hubiera dicho «lo quiero».
(Pausa.)
Una tarde dió en llorar
que parecía un becerro,
ca vez más desconsolao
y echando ca vez más genio.
«¿Qué quieres tú, nene mío?
¿Qué se te antoja, lucero?
Pídeme el mundo y la gloria,
pero no me hagas pucheros.
Háblame como tú sabes,
sin llorar, sin pataleos,
porque á los niños rabiosos
no les doy na, ni los quiero...»
Y con una voz más dulce
que el balido de un borrego,
y más süave que el aire
al pasar entre el romero,
gimió, más bien que me dijo:
«Que aquel niño tiene un perro,
y yo quiero también uno.»
«Pues lo tendrás» Y, en efecto,
dos horas después *Julepe*

jugaba con mi pequeño.
(Pausa.)
¡Qué cariñoso era el chico!
¡Qué juguetón era el perro!
Los dos á la vez corrían;
ladraban los dos á un tiempo;
comían las mismas cosas;
dormían en igual lecho;
eran más bien dos hermanos
que uno niño y otro perro.
Sucedió... ¡lo diré pronto!
que el chico se me fué al cielo,
dejándome á mí en la tierra
como ahora estoy: loco, memo,
pensando siempre en su cara,
pensando en sus ojos negros,
y en sus mejillas de rosa
y en lo rubio de su pelo.
Era un cachito divino
que ahora me trae al recuerdo
unos ángeles de un cuadro
de la iglesia de mi pueblo...
(Pausa.)
Desde entonces, lo que busco,
lo que gano, me lo bebo,
sin tener que darle cuenta
á nadie mas que á mi perro.
¡Y habrá muchos que se rían
cuando sepan que yo quiero
á este animal como á un hijo
y que me lo como á besos!
Los chicos me lo pellizcan...
No está mu bien... pero, ¡bueno!
Los hombres me dicen cosas...
Las cosas se las tolero,
pero entoavía no hay uno
que le haiga tocao al perro,
que es pa mí lo más sagrao
que existe en el universo.
Aquel que un día le toque...
¡á aquel le corto el pescuezo!
¡Ven, *Julepe*, alma de mi alma!
Saluda á estos caballeros,
y diles que yo no soy

borracho ni pendenciero,
y pídeles pa una copa,
porque yo no tengo suelto.
(Vuelve el grupo de chiquillos, intentando mortificar al perro. El personaje corre tras ellos, gritando.)
¡Pillos, canallas, granujas!
¡Os voy á romper un hueso!
(Retrocede, dirigiéndose al público.)
Aunque á los chicos increpe,
no temas que les dé un trepe,
pues finjo que juego... y paso.
Haz tú igual en este caso:
no des al autor julepe.

TELON RAPIDO

TESTIMONIO DE GRATITUD

Mis compañeros en la Prensa madrileña han acogido tan cariñosamente, tan benévolamente este humilde trabajo, que me obligan á expresarles, desde aquí, el sentimiento de mi gratitud.

Ellos que siempre han hecho justicia, ahora la relegaron al olvido para convertirla en gracia.

Entre esos juicios de mis queridísimos compañeros se destaca uno que no quiero que se pierda; no por lo que me halaga, no por lo que me favorece, sino porque pone de manifiesto la grandeza de alma de su autor.

Raro parecerá recoger en este sitio una carta íntima, una expansión fraternal; pero como ésta vale millones de millones más que el trabajo que la motiva, al lado de él quiero que figure, no por estímulo de la vanidad, ¡yo no sé qué es eso!, sino como prueba, ya lo he dicho, de la grandeza de alma de quien me dedica frases que yo no he merecido nunca y que no mereceré jamás.

Hé aquí la cariñosísima carta á que aludo:

Querido Arpe: Ya sabes tú, sin que yo te lo diga, que, aparte de tu propia alegría, es la primera de todas la que yo siento por tu éxito de anoche. Se lo merece todo tu inteligencia y tu corazón. Tanto has aprendido, desde el puesto donde siempre has estado, acerca de lo poco que vale la Humanidad, que para el asunto de tu monólogo has ideado por personaje un perro, en la seguridad de que el perro vale más que casi todos los hombres. No he visto la obra; pero desde luego veo que hay dentro de ella una inmensidad de amargura y otra de filosofía. Es muy original en el Teatro esa idea tuya, tomada desde el *enfocamiento* en que tú la has to-

mado, dándole algo tuyo propio, personal: cambio tu obra, con ser tan breve, por media docena de dramas y comedias *de mucho aparato.*

Eres un amigo como no nos lo merecemos los que te tratamos, y hay en ti un manantial tan inagotable de cariños y un estoicismo tan lleno de sereno amor, que te hacen simpático por encima de todas las cosas. Debías enfadarte con nosotros, y no te enfadas; debías volvernos la espalda, porque abusamos á *manos llenas* de tu generosidad, y en vez de enfadarte y de volvernos la espalda te multiplicas como el trigo arrojado á los surcos del campo.

Pareces—y perdona si me *ensaño*—un aguacero de abril, que lo recala y lo fecundiza todo, penetrando como un aliento de generosidad en las entrañas de la tierra.

No por estarte agradecido hay que quererte; te queremos porque sí, porque no podemos por menos, porque es una necesidad de nuestros corazones. Eres una lección de moral andando; un tratado de Ética bajo un pantalón y una americana. De mí sé decirte que no quisiera más que ser como tú de bueno, de sufrido, de pertinaz, de sereno y noble, de estoico, de un millar de cosas. Haces lo que haces por el gusto de hacerlo, sin mira ulterior, sin anhelo de cosa que no sea cristalina y rebosante de luz; y si no te enfadaras por esta justiciera letanía, te colgaría más cuentas que á un rosario, y al final de tanta cuenta, colgaría mi corazón hecho crucifijo.

No es esto arrebato lírico; sale también del discernimiento. Con las veces que yo te he molestado pudieras tú también hacer un rosario, y al final de los dieces colgarme á mí como á un hombre, por malo, digno de ser crucificado. Veinte años hace que te conozco y llevo veinte años de molestarte, de aburrirte, de no parar de poner á prueba tu bondad.

¿Cuándo me pegas? ¿Cuándo te vas á enfadar?

Cree que, al saber tu triunfo, con todo el corazón me he reído y con él he formado dos manos para aplaudirte.

No puedes imaginarte cuán agradecido te estoy y lo bien que sé que mi pecho no vale ni para besar el tuyo.

Perdona la expansión; pero si hoy no la tengo reviento.

Tuyo,

Salvador Rueda.

NOTA

El actor encargado de representar este monólogo debe procurar que el perro esté amaestrado, con el fin de que el efecto sea mayor. Claro está que si no le es fácil hallar un perro en tales condiciones, cualquiera es suficiente.

El Sr. Mesejo exhibió un perro suyo, que al oir á su dueño tocar una flauta, empezó á ladrar de tal modo, que produjo la hilaridad del público. Para ello el ilustre actor añadió á los versos:

> y pídeles pa una copa,
> porque yo no tengo suelto,

estos otros dos que justificaban el toque de la flauta:

> Anda, *Julepe,* que yo
> te haré el acompañamiento.

Por esto dijo mi compañero Saint-Aubin en el *Heraldo de Madrid*, lo siguiente:

«... y hasta el simpático can mereció un aplauso, pues en el momento de más intensa emoción para todos, empezó á llorar el perro.»

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*